

15. La beldad: un resfriado de verano

Apareció como el sol, iluminándolo todo. Al levantar la vista pude apreciarla en toda su magnitud. A casi treinta años en el Reino de Svea, jamás imaginé conocer a una verdadera princesa. Siempre me negué a que existiesen, además que detesto la monarquía.

Caminaba hacia mí, la pude observar contoneándose en un minuto de máximo *glamour*. Me sentí privilegiado, todo su resplandor era sólo para mí. Así me lo hizo notar desde sus primeros rayitos y pasitos: simplemente deslumbrantes.

En un momento creí que venía por mí, que me rogaría a que me fuese con ella, que en el Castillo hacía falta un verdadero Caballero, orden en la Corte, calor en su alcoba de Doncella, alguien que le dibujara un Cosmos sin Círculos arbitrarios ni Martillos antojadizos y un aventajado Catador de mostos tempraneros.

Cuando sacó su fino y perfumado pañuelo, pensé en la vieja triquiñuela, esa de lanzarlo al suelo adrede, para que yo se lo recogiera, y poder así, entablar conversación conmigo. La belleza, –me dije–, es apenas una forma del contenido. La encontré, muy inteligente.

Prevenido ante este pensamiento, jugando al cazador cazado, me aparté un poco, formando a la distancia, un adecuado y breve paralelo con ella.

Ya muy cerca, muy cerquita, a unos tres metros, pude contemplar por fin, la belleza en plenitud. No había nada que agregarle, ni menos quitarle; la calle era su “pasarela” natural. El viento buscó el follaje, el follaje remeció a la raíz y la raíz, que no entiende de explicaciones, se erigió en mi escudera.

Igelbäcken volvía a ser la fuente acuosa del Castillo de Ulriksdal, la capital del Reino, y por segunda vez en la historia, un ciudadano malloquino se convertía en un *regente de izquierdas*.

Estornudó primero, luego clavó el pañuelo con urgencia en su respingada nariz, se sonó violentamente al tiempo de lanzarse un reprimido y sonoro pedo, para llenar de mocos el trapo donde acumulaba su resfriado, y que volvió a guardar en su maltraída cartera.

Sin siquiera reparar en mi presencia, lanzó por los aires un viscoso y verde gargajo prosiguiendo su camino.

No fue fácil volver a la realidad, y a no ser por mi nieto que jadeando tras de mí, gritaba: –¡Vad gör du tata!– (¡Qué haces tata!) cargando con mi muleta olvidada en algún lugar de la grada de aquella gran pasarela, poco antes de que saliera el sol; no me habría dado por enterado, de que las mujeres también podían resfriarse y esas *cosas*, y, por sobretodo, que yo pudiera caminar tan largo trecho sin apoyo de mi muleta.



Igelbäcken, Kista - marzo/mayo 2011- fotos tomadas desde el tren
Metropolitano Akalla-Kungsträdgården.